

Nota introductoria.

Ricardo Robledo. Universidad de Salamanca.  
Coordinador

El siglo XX fue saludado por Villalobos, apenas cumplidos los veinte años, con un activismo estudiantil, preludio de una intensa actividad social y política que interrumpió la guerra. Antes de 1936, su biografía está sembrada de éxitos sociales y profesionales, tanto más apreciables cuanto menos pueden atribuirse a influencias familiares y aunque hay fracasos políticos y dos encarcelamientos, las luces predominan ampliamente sobre las sombras. Después de su prisión en agosto de 1936, se imponen casi veinte años de tiempos de silencio, rotos por la manifestación de duelo del pueblo salmantino en febrero de 1955, tan espontánea y masiva como carente de continuidad. La figura de *Don Fili* no era lo suficientemente maleable como para ser encajada por la ideología del régimen. El medio siglo siguiente tiene mucho de olvido, paliado al llegar la democracia por el homenaje del Colegio de Médicos en 1976.

Es comprensible, pues, que pese a la popularidad de que gozó F. Villalobos, pocos salmantinos sean capaces hoy de recordar los principales logros de su labor reformista, convertida a lo sumo en objeto de curiosidad académica. La tesis doctoral de Antonio Rodríguez de las Heras en 1974, publicada once años más tarde, cumplió este cometido y ha servido a los autores que participan en este libro como guía de una investigación para profundizar en unos aspectos biográficos o completar otros, especialmente los relativos al periodo posterior a julio de 1936. La relación de archivos que figura al final del catálogo da cuenta del esfuerzo efectuado y el resultado conseguido permite acercarse sólidamente tanto a la obra del homenajeado como a su dimensión humana. Sin duda alguna, la exposición *Sueños de concordia*, el catálogo y otras publicaciones previstas harán inexcusable la ignorancia de aquellos a quienes F. Villalobos “les suena” como denominación de una calle o de algún edificio público.

Al aceptar, como representante de la Universidad de Salamanca, el encargo de coordinar las colaboraciones que figuran en este catálogo, he procurado que la exposición de la labor efectuada por Villalobos no quedara desgajada del contexto de la historia contemporánea de España. En consecuencia, se pasa revista a los éxitos que justificaron su popularidad, es decir se exponen los distintos logros del reformismo - social, educativo, agrarista- o de su labor médica, pero sin descuidar la política, cultural o no, de la Restauración, las tensiones de la II República, incluidas las provocadas por las elecciones de 1936, o cómo se articuló la violencia en la España de Franco. De este modo la biografía de F. Villalobos, adscrito a la denominada tercera España, se convierte en una lección de historia española de la primera mitad del siglo XX; aparte de un homenaje justificado, este catálogo aspira a ser obra de referencia para la Historia Contemporánea en sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales.

Como acertadamente comentan los comisarios de la exposición, lo más atractivo de la vida de Villalobos es su propuesta moral, su forma de entender la convivencia, lo que le lleva, por ejemplo, a proclamar desde 1902 su desconfianza hacia los instrumentos represivos como medio de acabar con los movimientos populares o a confiar en la educación como algo más que la mera instrucción. Pero si Villalobos debe ocupar un lugar relevante no es por el acierto de sus frases sino por contribuir a hacer

menos infeliz la existencia de sus contemporáneos: por ser un discípulo aventajado de Joaquín Costa en hacer realidad el lema de “Escuela y despesa”. No se esperen pues muestras de arbitrios; en todos los puestos que ocupó –Ayuntamiento, Caja de Ahorros, Diputación, Parlamento, Ministerio– supo adecuar los medios a los fines y conseguir realizaciones que iban poniendo los cimientos de un incipiente estado de bienestar. En cuanto a su lucha por la tierra, la enfocó, como la mayoría de reformistas agrarios, en contra de la renta de la tierra, pero dio muestras de flexibilidad para combinar propiedad privada y propiedad colectiva (siguiendo a Costa en la defensa del comunal). En resumen, si Joaquín Costa ha podido ser calificado de *gran fracasado* no puede decirse lo mismo de Villalobos, algo que no puede atribuirse al respaldo de aparatos del partido, pues, como se explica en estas páginas, el partido era Villalobos y poco más.

Ciertamente la etapa ministerial llegó en unos momentos en los que el margen de actuación para sus propuestas reformistas se iba estrechando. Esto ocurría, si recuperamos la expresión de los *problemas de España*, con el problema agrario, el religioso, e incluso el autonómico, con el que también tuvo que enfrentarse indirectamente Villalobos después de octubre de 1934. Pretender acierto total en todos sus análisis y decisiones sería sobreestimar su capacidad en aquellas circunstancias. Ahora bien, cuesta poco plantearse el contrafactual de que si, en vez de vencer los que reclamaban odio contra la Ley de Congregaciones, hubiera triunfado la postura de concordia de Villalobos, nuestra historia contemporánea habría caminado por sendas en las que el coste social y económico habría sido apreciablemente menor.

Confiesa Borges en uno de sus poemas (“Ariosto y los árabes”) cómo el héroe reducido a simple erudición, a mera historia, “está sólo, soñándose” y acaba por ser olvidado: “La gloria es una de las formas del olvido”. Todo lo contrario es lo que se pretende con la publicación que el lector tiene en sus manos: se ensalza la obra de Villalobos, injustamente olvidada, para recuperar los *sueños de concordia*.